

Eiji Yoshikawa

La leyenda del samurai

MUSASHI

I

TIERRA, AGUA, FUEGO

Traducción del inglés:

Jordi Fibla



Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con Kodansha International Ltd.

MUSASHI (Miyamoto Musashi) by Eiji Yoshikawa, translated by Charles S. Terry  
Copyright © 1971 Eimei Yoshikawa

Copyright © 2009 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo  
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado por  
Grupo Ramírez Cogollor, S.L. (Grupo RC)  
Traducción: Jordi Fibla Feito

**MUSASHI I: La leyenda del samurai.** Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-937009-1-1

EAN: 9788493700911

BIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2. N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: [info@quaterni.es](mailto:info@quaterni.es)

Internet: [www.quaterni.es](http://www.quaterni.es)

Editor: José L. Ramírez C.

Coordinación y revisión: Carlos Cruz González

Diseño de colección y maquetación: Quaterni

Diseño de cubierta: Juliana Raïgosa Montoya

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-19684-2010

Impreso en España

Séptima edición: abril 2014

15 14 13 12 11 10 09 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro.

## Prólogo a la edición española

La vida del samurai conocido como Miyamoto Musashi (1584-1645), transcurrió entre la época de las luchas por la unificación de las tierras japonesas que había emprendido Hideyoshi Toyotomi y el cierre casi total a Occidente realizado por Iemitsu Tokugawa.

Antes de la unificación, Japón había sido un país enfermo de guerra civil crónica. Hacia fines del siglo XV, las rivalidades entre poderosos miembros del *bakufu* (gobierno militar) desembocaron en una lucha armada que se prolongó en todo el país durante más de un siglo. Los jefes militares adoptaban posiciones estratégicas en sus respectivos distritos y peleaban entre ellos para alcanzar la supremacía. El jefe supremo, o *shogun* era el auténtico dirigente, y, aunque en la cúspide de la jerarquía estaba el emperador, la autoridad de éste sólo era nominal: no se ocupaba de la política ni la administración y vivía confinado en el palacio de Kyoto.

Esta guerra civil crónica se prolongó hasta comienzos de la década de 1570. Fue entonces cuando uno de los grandes jefes militares, Nobunaga Oda, emprendió la tarea de unificar el país por la fuerza de las armas, pero diez años después, cuando estaba a punto de lograrlo, fue asesinado por uno de sus generales. Sin embargo, otro general leal a Nobunaga, Hideyoshi Toyotomi, continuó la tarea de unificación hasta culminarla. A su muerte, en 1598, Ieyasu Tokugawa se puso al frente del *bakufu*. En 1600 derrotó a sus oponentes en la batalla de Sekigahara, y poco después fue nombrado *Sei-i-Taishogun* (generalísimo) y estableció el gobierno militar en Edo, la actual Tokyo. Los descendientes de Ieyasu, Hidetada e Iemitsu, tomaron estrictas medidas para impedir la propagación del cristianismo. En 1640 dio lugar el aislamiento de Japón, que se prolongaría durante más de dos siglos.

Diversos son los caminos que conducen a la iluminación, y Miyamoto Musashi, que en su juventud había participado en la batalla de Sekigahara, la buscó en el *kendo*, el camino de la espada. Su padre, Munisai, había sido un guerrero de renombre, que creó su propio estilo de esgrima y fue experto en asuntos militares. Desde su infancia, Musashi se adiestró en la sutil esgrima japonesa, basada en la capacidad de concentrarse al máximo y anticiparse al más ligero movimiento del adversario, y, aunque era zurdo, aprendió a utilizar

ambas manos. Con el firme objetivo de perfeccionar su técnica, descubrirse a sí mismo, aprender de la naturaleza y de las diversas escuelas de *kendo*, se hizo samurai errante y recorrió las provincias japonesas, midiéndose con los más afamados guerreros, considerados invencibles.

Aunque las leyendas sobre Musashi se multiplicaron y entraron en el terreno de lo fantástico tras su fallecimiento por causas naturales, a los 61 años de edad, lo cierto es que ya en su juventud, cuando aún era veinteañero, se convirtió en un personaje legendario. Podríamos señalar el momento en que pasa de ser un espadachín cuya destreza está en boca de todos a un guerrero sin parangón, con unas características que a muchos les parecían sobrenaturales, en el año 17 de la era Keicho (1612), cuando se bate con el famoso guerrero Kojiro Sasaki, maestro de esgrima del *daimyo* Hosokawa, en una isla minúscula situada en el estrecho entre el extremo occidental de la isla de Honshu y el norte de Kyushu, el mismo paraje donde siglos atrás tuvo lugar la terrible batalla de Dannoura entre los clanes Minamoto y Taira.

A partir de ese momento, y hasta su muerte, cuando la gente se refería a él como *kensei*, o «santo de la espada», las hazañas de Musashi alimentaron la imaginación popular. Algunos creían que era capaz de correr a una velocidad sobrehumana, caminar por el aire y el agua y volar a través de las nubes. En su caso, sólo el sentido común puede separar lo fantástico de lo que no se sabe con certeza si ocurrió pero que muy bien podría haber sucedido.

Para Miyamoto Musashi, no era necesario que la hoja de la espada fuese de acero. Con una simple caña de bambú, la delgada vara de un arco, un *bokken*, o espada de madera, o el arma confeccionada rápidamente con un remo de barca, salía vencedor de un duelo tras otro. El material del arma era lo de menos; lo que Musashi buscaba incansablemente era la comprensión perfecta de la estrategia por medio del *kendo*. Alcanzó esa perfección a los cincuenta años de edad, cuando se instaló en la isla meridional de Kyushu, donde viviría hasta el fin de sus días.

En Kyushu combatió con las fuerzas de Odasawara Tadazane, contra los seguidores de la *Tenshukyo* («religión del Padre»), aquellos cristianos a los que, tras una época de tolerancia y buenas relaciones, se había prohibido practicar su religión. Musashi intervino en la represión del alzamiento cristiano de Shimabara (1638). Hay que tener en cuenta que el rigor con que se erradicó la fe de Cristo en Japón no se debía al odio a la religión en sí, sino a la reacción de los dirigentes de un pueblo insular que temían verse invadidos por una alianza entre la cruz cristiana y la espada occidental. Como antes he señalado, poco después de que el cristianismo fuese sofocado en Shimabara, Japón se cerró por completo al exterior (con la salvedad del mínimo resquicio concedido a los comerciantes holandeses) y se decretó la pena de muerte a todo extranjero que desembarcara en tierras japonesas.

Este comienzo del cierre de Japón a Occidente coincide con el periodo de reclusión de Musashi en sus últimos años. Retirado en una cueva, escribió el famoso tratado de estrategia *Gorin no sho* («Libro de los cinco anillos»). También se dedicó al cultivo de las artes: el dibujo a tinta, sobre temas de la naturaleza y del panteón shintoísta, obras caligráficas, esculturas de dioses como Fudo y Kannon. Fundó una escuela de artesanos que producían primorosas guarniciones de espada. Es muy posible que escribiera poemas, siguiendo la antigua tradición que requería del guerrero no sólo la máxima destreza en el manejo de las armas, sino también una cultivada sensibilidad artística. Pero si lo hizo, como se cree con fundamento, sus poemas no han pasado a la posteridad.

Musashi era, pues, una de las grandes figuras tanto reales como legendarias del imaginario japonés cuando el escritor Eiji Yoshikawa (1892-1962) lo tomó como protagonista de una de sus vastas novelas históricas. La obra pertenece a un género al que los japoneses han sido muy aficionados desde tiempo inmemorial: la novela por entregas. Su publicación se inició en 1935, en el periódico *Asahi Shinbun*, y tuvo un enorme éxito. Mucho antes de que, después de su traducción al inglés, los norteamericanos descubrieran las aplicaciones del *Libro de los cinco anillos* a diversos aspectos de la vida que requieren el dominio de la estrategia, muchos hombres de negocios y otros profesionales japoneses lo tenían como libro de cabecera y aplicaban los preceptos del *kendo* a sus actividades.

El éxito del libro de Yoshikawa se debió a que, si bien no era una biografía sino una obra de ficción, por un lado novelaba los datos históricos del personaje y por otro organizaba el magma de leyendas en torno a su figura, dando al conjunto una coherencia que actuaba como un puente entre los siglos, por encima de las convulsiones sociales, políticas y telúricas que había sufrido el país, desde los tiempos que se cerrara por completo a Occidente, hasta aquellas vísperas, en el Japón nuevamente hostil al exterior, militarizado e imperialista, de la que iba a ser la mayor conmoción de su historia. Convertido en personaje de novela, Miyamoto Musashi revivía para el lector japonés con una inmediatez extraordinaria. Y así siguió ocurriendo tras la Segunda Guerra Mundial. Tanto ésta como las restantes novelas históricas de Yoshikawa siguen gozando hoy en día de una gran popularidad.

Incluso en su propia época, la vida y las hazañas de Miyamoto Musashi dieron origen a unos relatos ilustrados que tenían cierto parecido con los comics de hoy. En el siglo XX, se rodaron treinta y seis películas y una serie de televisión sobre el samurai más famoso de todos los tiempos. Una de las películas, que se remonta a la década de 1950, es hoy un clásico del cine, interpretada por un Toshiro Mifune inigualable en el papel del samurai que desdeñaba el aspecto personal y se negaba a usar el estilo de peinado *chonmage*, propio de la casta guerrera, con un moño en lo alto de la cabeza y

la parte delantera rasurada. En los últimos años, esta novela de Yoshikawa ha sido la fuente del material para la creación de *mangas*, como *Vagabond*, de Takehiko Inoue, y *Usagi Yojimbo*, de Stan Sakai. También se han creado juegos para *PlayStation*, como *Brave Fencer Musashi*. De una forma u otra, la vida real e imaginada del samurai errante sigue cautivando la imaginación de lectores y espectadores.

Desde que la novela de Yoshikawa se publicó en el mundo angloparlante, a principios de la década de 1980, sus reediciones se han sucedido sin interrupción. No ha sido así en el caso de la versión española. Publicada inicialmente en los años 1993 y 1994, una vez agotada las circunstancias editoriales impidieron su reedición. Sin embargo, el interés de los lectores apasionados por la cultura japonesa en todas sus manifestaciones y deseosos de leer esta obra no ha decrecido en los lustros transcurridos, sino todo lo contrario. La feliz iniciativa de Quaterni al reeditar *Musashi* colma una penosa laguna en el panorama de la literatura nipona en lengua española, atiende a la demanda de una nueva generación de jóvenes entusiastas del mundo japonés y, en definitiva, es sin duda un motivo de satisfacción para todos los buenos lectores.

JORDI FIBLA

## Prólogo

Podemos decir sin temor a equivocarnos que este libro viene a ser el equivalente japonés de *Lo que el viento se llevó*. Escrito por Eiji Yoshikawa (1892-1962), uno de los escritores populares más prolíficos y estimados de Japón, es una larga novela histórica que apareció primero por entregas, entre 1935 y 1939, en el *Asahi Simbun*, el periódico japonés de mayor tirada y más prestigioso. En forma de libro se ha publicado no menos de catorce veces, la más reciente en cuatro volúmenes de las obras completas en 53 tomos editadas por Kodansha. Ha sido llevada al cine unas siete veces, se ha representado numerosas veces en los escenarios y con frecuencia ha sido presentada en series televisivas.

Miyamoto Musashi fue un personaje histórico, pero gracias a la novela de Yoshikawa tanto él como los demás principales personajes del libro han pasado a formar parte del folklore vivo japonés. El público está tan familiarizado con ellos que a menudo sirven como modelos con los que se compara a alguien, pues son personalidades que todo el mundo conoce. Este hecho proporciona a la novela un interés adicional para el lector extranjero. No sólo ofrece un período de la historia japonesa novelada, sino que también muestra cómo ven los japoneses su pasado y a sí mismos. Pero el lector disfrutará sobre todo de un brioso relato de aventuras protagonizado por espadachines y una discreta historia de amor, al estilo japonés.

Las comparaciones con la novela *Shogun*, de James Clavell, parecen inevitables, porque hoy, para la mayoría de los occidentales, tanto el libro como la serie de televisión *Shogun* compiten con las películas de samurais como su principal fuente de conocimientos sobre el pasado de Japón. Ambas novelas se ocupan del mismo período histórico. *Shogun*, cuya acción tiene lugar en el año 1600, finaliza cuando Toranaga, que corresponde al Tokugawa Ieyasu histórico y pronto va a ser el shogun o dictador militar del país, parte hacia la decisiva batalla de Sekigahara. El relato de Yoshikawa comienza cuando el joven Takezo, que más adelante tomará el nombre de

Miyamoto Musashi, yace herido entre los cadáveres del ejército derrotado en ese campo de batalla.

Con la única excepción de Blackthorne, el histórico Will Adams, *Shogun* trata sobre todo de los grandes señores y damas de Japón, que aparecen levemente velados bajo los nombres que Clavell ha ideado para ellos. Aunque en Musashi se mencionan muchas grandes figuras históricas con sus nombres verdaderos, el autor se ocupa de una gama más amplia de japoneses, en especial el grupo bastante extenso que vivía en la frontera mal definida entre la aristocracia militar hereditaria y la gente corriente, los campesinos, comerciantes y artesanos. Clavell distorsiona libremente los hechos históricos para que encajen con su relato e inserta una historia de amor a lo occidental que no sólo se mofa flagrantemente de la historia, sino que es del todo inimaginable en el Japón de aquella época. Yoshikawa permanece fiel a la historia, o por lo menos a la tradición histórica, y su historia de amor, que es como un tema de fondo a escala menor a lo largo del libro, es auténticamente japonesa.

Por supuesto, Yoshikawa ha enriquecido su relato con muchos detalles imaginarios. Hay suficientes coincidencias extrañas e intrépidas proezas para satisfacer a todo amante de los relatos de aventuras, pero el autor se mantiene fiel a los hechos históricos tal y como se conocen. No sólo el mismo Musashi, sino también muchos de los demás personajes que tienen papeles destacados en el relato son individuos que han existido históricamente. Por ejemplo, Takuan, que actúa como luz orientadora y mentor del joven Musashi, fue un famoso monje zen, calígrafo, pintor, poeta y maestro de la ceremonia del té en aquella época, que llegó a ser el abad más joven del templo Daitokuji de Kyoto, en 1609, y más adelante fundó un monasterio principal en Edo, pero a quien hoy se recuerda más por haber dado su nombre a un popular encurtido japonés.

El Miyamoto Musashi histórico, quien pudo haber nacido en 1584 y muerto en 1645, fue un maestro de la esgrima, como su padre, y se hizo famoso porque usaba dos espadas. Era un ardiente cultivador de la autodisciplina como clave de las artes marciales y escribió una célebre obra sobre esgrima, el *Corin no sho*. Probablemente participó de joven en la batalla de Sekigahara, y sus enfrentamientos con la escuela de esgrima Yoshioka de Kyoto, los monjes guerreros del templo Hozoin de Nara y el afamado espadachín Sasaki Kojiro, todos los cuales ocupan un lugar destacado en esta obra, ocurrieron realmente. El relato de Yoshikawa finaliza en 1612, cuando Musashi era todavía un joven de unos veintiocho años, pero es posible que posteriormente luchara con el bando perdedor en el asedio del castillo de



Osaka en 1614 y que en los años 1637 y 1638 participara en la aniquilación del campesinado cristiano de Shimabara en la isla occidental de Kyushu, acontecimiento que señaló la extirpación del cristianismo en Japón durante los dos siglos siguientes y contribuyó al aislamiento de Japón del resto del mundo.

Resulta irónico que en 1640 Musashi se hiciera servidor de los señores Hosokawa de Kumamoto, los cuales, cuando eran los señores de Kumamoto, habían sido protectores de su principal rival, Sasaki Kojiro. Los Hosokawa nos hacen volver a *Shogun*, porque es el Hosokawa mayor, Tadaoki, quien figura de una manera totalmente injustificable como uno de los principales villanos de esa novela, y es la ejemplar esposa cristiana de Tadaoki, Gracia, la que aparece plasmada, sin un ápice de verosimilitud, como Mariko, el gran amor de Blackthorne.

La época en que vivió Musashi fue un período de gran transición en Japón. Tras un siglo de guerra incesante entre pequeños daimyos, o señores feudales, tres líderes sucesivos habían reunificado finalmente el país por medio de la conquista. Oda Nobunaga había iniciado el proceso pero, antes de completarlo, murió a manos de un vasallo traidor, en 1582. Su general más capacitado, Hideyoshi, que se había elevado desde simple soldado de infantería, completó la unificación del país pero murió en 1598, antes de que pudiera consolidar el dominio de la nación a favor de su heredero. El vasallo más fuerte de Hideyoshi, Tokugawa Ieyasu, un gran daimyo que gobernaba en gran parte del Japón oriental desde su castillo en Edo, la moderna Tokyo, consiguió entonces la supremacía al derrocar a una coalición de daimyos occidentales en Sekigahara. Esto ocurrió en 1600, y tres años después Ieyasu adoptó el título tradicional de shogun, que significaba su dictadura militar sobre todo el territorio, teóricamente en nombre de la antigua pero impotente línea imperial de Kyoto. En 1605, Ieyasu transfirió la posición de shogun a su hijo, Hidetada, pero siguió sujetando él mismo las riendas del poder hasta que hubo destruido a los seguidores del heredero de Hideyoshi en los sitios del castillo de Osaka, que tuvieron lugar en 1614 y 1615.

Los tres primeros dirigentes Tokugawa establecieron un control tan firme de Japón que su dominio se prolongó durante más de dos siglos y medio, hasta que finalmente se hundió en 1868, tras los tumultos que siguieron a la reapertura de Japón al contacto con Occidente, una década y media atrás. Los Tokugawa gobernaron por medio de daimyos hereditarios semiautónomos, cuyo número era de unos 265 al final del período, y los daimyos, a su vez, controlaban sus feudos por medio de sus servidores samurai hereditarios. La transición desde la guerra constante a una paz estrechamente regulada provocó la aparición de fuertes diferencias de clase entre los samurais, que

tenían el privilegio de llevar dos espadas y tener apellido, y los plebeyos, a los cuales, aunque figuraban entre ellos ricos comerciantes y terratenientes, se les negaba en teoría el derecho a todo tipo de armas y el honor de usar apellidos.

Sin embargo, durante los años sobre los que Yoshikawa escribe, esas diferencias de clase aún no estaban nítidamente definidas. Todas las localidades contaban con un remanente de campesinos luchadores, y el país estaba lleno de ronin, o samurais sin amo, en su mayor parte restos de los ejércitos de daimyos que habían perdido sus dominios tras la batalla de Sekigahara o en guerras anteriores. Fue necesaria una generación, o tal vez dos, antes de que la sociedad quedara totalmente clasificada en las rígidas divisiones de clase del sistema Tokugawa, y entre tanto hubo un considerable fermento y movimientos sociales.

Otra gran transición en los inicios del Japón del siglo XVII fue la naturaleza del liderazgo. Restaurada la paz y con el fin de las grandes guerras, la clase guerrera dominante descubrió que la pericia militar era menos esencial para dominar con éxito que el talento administrativo. La clase samurai inició una lenta transformación: de guerreros con armas de fuego y espadas pasaron a ser burócratas con pincel de escribir y papel. El dominio de sí mismo y la disciplina en una sociedad de paz iban siendo más importantes que la habilidad guerrera. El lector occidental quizás se sorprenda al constatar lo extendida que estaba la alfabetización ya a principios del siglo XVII y las constantes referencias que los japoneses hacían a la historia y la literatura chinas, al modo como los europeos nórdicos de la misma época se referían continuamente a las antiguas tradiciones de Grecia y Roma.

Una tercera transición importante en la época de Musashi fue la del armamento. En la segunda mitad del siglo XVI, los mosquetes de mecha, introducidos recientemente por los portugueses, se habían convertido en las armas decisivas en el campo de batalla, pero cuando reinaba la paz en el país los samurais podían dar la espalda a las desagradables armas de fuego y reanudar su tradicional relación amorosa con la espada. Florecieron las escuelas de esgrima. Sin embargo, como habían disminuido las probabilidades de usar las espadas en combates verdaderos, las habilidades marciales fueron convirtiéndose gradualmente en artes marciales, y éstas recalcaron cada vez más la importancia del dominio de uno mismo y las cualidades de la esgrima para la formación del carácter, más que una eficacia militar que no se había puesto a prueba.

El relato que hace Yoshikawa de la época juvenil de Musashi ilustra todos estos cambios que tenían lugar en Japón. Él mismo era un ronin típico de un pueblo de montaña, y sólo llegó a ser un samurai al servicio de un señor en su

madurez. Fue el fundador de una escuela de esgrima. Lo más importante de todo es que, gradualmente, se transformó y pasó de ser un luchador instintivo a un hombre que perseguía fanáticamente los objetivos propios del zen, como la autodisciplina, un completo dominio interior de sí mismo y el sentido de la unión con la naturaleza circundante. Aunque en sus años mozos todavía podían darse justas a muerte, parecidas a los torneos de la Europa medieval, el Musashi que retrata Yoshikawa da un giro consciente a sus artes marciales, las cuales dejan de estar al servicio de la guerra para convertirse en un medio de formación del carácter en tiempos de paz. Las artes marciales, la autodisciplina espiritual y la sensibilidad estética se fundieron en un todo indistinguible. Es posible que esta imagen de Musashi no esté muy lejos de la verdad histórica. Se sabe que Musashi fue un hábil pintor y notable escultor además de espadachín.

El Japón de principios del siglo XVII que encarna Musashi ha permanecido muy vivo en la conciencia de los japoneses. El largo y relativamente estático dominio del período Tokugawa preservó gran parte de sus formas y su espíritu, aunque de una manera un tanto convencional, hasta mediados del siglo XIX, no hace mucho más de un siglo. El mismo Yoshikawa era hijo de un examurai que, como la mayoría de los miembros de su clase, no logró efectuar con éxito la transición económica a la nueva era. Aunque en el nuevo Japón los samurais se difuminaron en el anonimato, la mayoría de los nuevos dirigentes procedían de esa clase feudal, y su carácter distintivo fue popularizado por el nuevo sistema educativo obligatorio y llegó a convertirse en el fondo espiritual y la ética de toda la nación japonesa. Las novelas como *Musashi* y las películas y obras teatrales derivadas de ellas contribuyeron a ese proceso.

La época de Musashi está tan cercana y es tan real para los modernos japoneses como la Guerra de la Secesión para los norteamericanos. Así pues, la comparación con *Lo que el viento se llevó* no es en modo alguno exagerada. La era de los samurais está aún muy viva en las mentes japonesas. Contrariamente a la imagen de los japoneses actuales como «animales económicos» orientados hacia el grupo, muchos japoneses prefieren verse como Musashis de nuestro tiempo, ardientemente individualistas, de elevados principios, auto disciplinados y con sentido estético. Ambas imágenes tienen cierta validez, e ilustran la complejidad del alma japonesa bajo el exterior en apariencia imperturbable y uniforme.

*Musashi* es muy diferente de las novelas altamente psicológicas y a menudo neuróticas que han sido sostén principal de las traducciones de literatura japonesa moderna. Sin embargo, pertenece de pleno a la gran

corriente de la narrativa tradicional y el pensamiento popular japoneses. Su presentación en episodios no obedece sólo a su publicación original como un folletín de periódico, sino que es una técnica preferida que se remonta a los inicios de la narrativa nipona. Su visión idealizada del espadachín noble es un estereotipo del pasado feudal conservado en cientos de otros relatos y películas de samurais. Su hincapié en el cultivo del dominio de uno mismo y la fuerza interior personal por medio de la austera disciplina semejante a la del zen es una característica principal de la personalidad japonesa de hoy, como también lo es el omnipresente amor a la naturaleza y el sentido de la proximidad a ella. *Musashi* no es sólo un gran relato de aventuras, sino que va más allá y nos ofrece un atisbo de la historia japonesa y una visión idealizada de la imagen que tienen de sí mismos los japoneses contemporáneos.

Edwin O. Reischauer\*

---

\* Nacido en Japón en 1910, desde 1946 fue profesor de la Universidad de Harvard, la cual le nombró posteriormente profesor emérito. Entre 1961 y 1966 dejó la Universidad para ocupar el cargo de embajador norteamericano en Japón, y es uno de los más célebres conocedores a fondo de ese país. Entre sus numerosas obras destacan *Japan: The Story of a Nation* y *The Japanese*.

LIBRO I  
TIERRA

地

## La campanilla

Takezo yacía entre los cadáveres, que se contaban por millares.

«El mundo entero se ha vuelto loco —pensó nebulosamente—. Un hombre podría compararse a una hoja muerta arrastrada por la brisa otoñal.»

Él mismo parecía uno de aquellos cuerpos sin vida que le rodeaban. Trató de alzar una mano, pero sólo pudo levantarla unos pocos centímetros del suelo. No recordaba que jamás se hubiera sentido tan débil. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

Las moscas zumbaban alrededor de su cabeza. Quería ahuyentarlas, pero ni siquiera tenía energía para levantar el brazo, que estaba rígido, casi quebradizo, como el resto de su cuerpo. Mientras movía un dedo tras otro, se dijo que debía de llevar allí largo rato. No tenía idea de que estaba herido, con dos balas firmemente alojadas en un muslo.

Unas nubes bajas y oscuras se desplazaban amenazantes por el cielo. La noche anterior, en algún momento entre la medianoche y el alba, un intenso aguacero había empapado la llanura de Sekigahara. Ahora era más de mediodía del decimoquinto día del noveno mes de 1600. Aunque el tifón había pasado, de vez en cuando descargaba un nuevo aguacero sobre los cadáveres y el rostro vuelto hacia arriba de Takezo. Cada vez que ocurría tal cosa, abría y cerraba la boca como un pez, intentando beber las gotas de lluvia. Saboreando aquella humedad, reflexionó que era como el agua con que limpian los labios a un moribundo. Tenía la cabeza entumecida y sus pensamientos eran como las sombras huidizas del delirio.

Por lo menos sabía que su bando había sido derrotado. Su supuesto aliado, Kobayakawa Hideaki, se había asociado en secreto con el ejército del Este, y cuando en el crepúsculo se volvió contra las tropas de Ishida Mitsunari, la suerte de la batalla cambió. Entonces atacó a los ejércitos de otros comandantes, Ukita, Shimazu y Konishi, y el derrumbe del ejército del Oeste fue total. En sólo media jornada de lucha quedó zanjada la cuestión de quién gobernaría el país en lo sucesivo. Sería Tokugawa Ieyasu, el poderoso daimyo\* de Edo.

Aparecieron ante sus ojos las imágenes de su hermana y los ancianos habitantes del pueblo. «Me estoy muriendo —pensó sin asomo de tristeza—.

---

\* Soberano feudal que ostentaba el poder en Japón entre los siglos X y XIX (N. del E.)

¿Es así como ocurre realmente?» Se sentía atraído hacia la paz de la muerte, como un niño hipnotizado por una llama.

De repente, uno de los cuerpos cercanos alzó la cabeza.

—Takezo.

El desfile de imágenes en su mente se interrumpió. Como si despertara de entre los muertos, volvió la cabeza hacia el sonido. Estaba seguro de que aquella voz era de su mejor amigo. Poniendo en juego todas las fuerzas que le quedaban, se irguió ligeramente y emitió un susurro apenas audible por encima del fragor de la lluvia.

—¿Eres tú, Matahachi? —preguntó, y se tendió de nuevo, permaneció inmóvil y escuchó.

—¡Takezo! ¿De veras estás vivo?

—¡Sí, vivo! —Exclamó con un súbito arranque de jactancia—. ¿Y tú? Será mejor que no mueras tampoco. ¡No te atrevas a hacerlo! —Ahora tenía los ojos muy abiertos, y sus labios trazaban una leve sonrisa.

—¡No haré eso! ¡No, señor!

Jadeante, apoyándose en los codos y arrastrando sus rígidas piernas, Matahachi reptó poco a poco hacia su amigo. Intentó coger la mano de Takezo, pero sólo logró enlazarle el meñique con el suyo propio. En su infancia a menudo habían empleado ese gesto para sellar una promesa. Avanzó un poco más, hasta que pudo aferrar toda la mano.

—¡No puedo creer que también tú estés bien! Debemos de ser los únicos supervivientes.

—No hables antes de tiempo. Aún no he tratado de levantarme.

—Yo te ayudaré. ¡Salgamos de aquí!

De repente Takezo tiró de Matahachi, tendiéndole en el suelo, y dijo entre dientes:

—¡Hazte el muerto! ¡Se acercan nuevos apuros!

El suelo empezó a retumbar como un caldero al fuego. Mirando por entre sus brazos, vieron el remolino que se aproximaba. Luego distinguieron las hileras de jinetes negros como el azabache que se abalanzaban directamente hacia ellos.

—¡Esos perros han vuelto! —exclamó Matahachi, alzando la rodilla como si se dispusiera a saltar.

Takezo le cogió con tal fuerza del tobillo que estuvo a punto de rompérselo, y le obligó a tenderse de nuevo.

Instantes después los caballos pasaban al galope por su lado, centenares de cascos fangosos y letales en formación, avanzando sin hacer ningún caso de los samurais caídos. Se sucedieron las oleadas de jinetes, cuyos gritos de combate se mezclaban con el estrépito metálico de sus armas y armaduras.

Matahachi permaneció tendido boca abajo, con los ojos cerrados, confiando contra toda esperanza que no serían pisoteados, pero Takezo miró hacia

arriba sin parpadear. Los caballos pasaron tan cerca de ellos que olieron su sudor. Luego todo terminó.

Por puro milagro no habían sido atropellados ni detectados, y durante varios minutos ambos permanecieron en silencio, incrédulos.

—¡Salvados de nuevo! —exclamó Takezo, tendiendo la mano a Matahachi, el cual, todavía aferrado al suelo, volvió lentamente la cabeza con una ancha y algo trémula sonrisa en los labios.

—Alguien está de nuestra parte, de eso no hay duda —dijo con la voz ronca.

Con gran dificultad, los dos amigos se ayudaron mutuamente a incorporarse. Cruzaron poco a poco el campo de batalla hacia la seguridad de las boscosas colinas, cada uno cojeando y con un brazo sobre los hombros del otro. Una vez entre los árboles se tendieron a descansar, pero pronto volvieron a incorporarse e ir en busca de algo que comer. Durante dos días habían subsistido a base de castañas silvestres y las hojas comestibles en las húmedas hondonadas del monte Ibuki. Así habían evitado la postración por hambre, pero a Takezo le dolía el estómago y a Matahachi le atormentaban las tripas. Ningún alimento podía llenarle, ninguna bebida apagar su sed, pero incluso él notaba que las fuerzas le volvían lentamente.

La tormenta del decimoquinto día señaló el final de los tifones veraniegos. Ahora, sólo dos noches después, una luna blanca y fría brillaba sombríamente en un cielo sin nubes.

Ambos sabían el peligro que entrañaba estar en el camino a la luz de la luna, sus sombras destacadas como blancos silueteados, a la vista de cualquier patrulla que anduviera en busca de rezagados. Takezo había tomado la decisión de correr el riesgo. Puesto que Matahachi estaba en una situación tan penosa y decía que preferiría ser capturado a intentar seguir adelante, realmente no parecían tener muchas alternativas. Era preciso alejarse de allí, pero también estaba claro que debían encontrar un sitio donde tenderse y descansar. Caminaron lentamente, en la dirección que les parecía la del pueblo de Tarui.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntaba Takezo una y otra vez. Sostenía el brazo de su amigo alrededor de su hombro para ayudarlo—. ¿Estás bien? —Su respiración fatigosa era lo que le preocupaba—. ¿Quieres descansar?

—Estoy bien.

Matahachi trató de parecer que se esforzaba, pero tenía la cara más pálida que la luna. Incluso utilizando su lanza como cayado, apenas podía poner un pie delante del otro. No cesaba de disculparse humildemente.

—Lo siento, Takezo. Sé que tengo la culpa de que marchemos con tanta lentitud. Lo lamento de veras.

Al principio Takezo había restado importancia a esas protestas, diciéndole que lo olvidara. Finalmente, cuando hicieron un alto para descansar, se volvió hacia su amigo y le dijo con vehemencia:



—Oye, soy yo quien debe disculparse. Soy yo quien te metió primeramente en esto, ¿recuerdas? Acuérdate de que te conté mi plan y te dije que por fin haría algo que impresionara de veras a mi padre. Nunca he podido soportar el hecho de que hasta el día de su muerte estuviera convencido de que yo nunca serviría para nada. ¡Iba a demostrarle lo equivocado que estaba! ¡ja!

El padre de Takezo, Munisai, sirvió en otro tiempo a las órdenes del señor Shimmen de Iga. En cuanto Takezo se enteró de que Ishida Mitsunari estaba organizando un ejército, se convenció de que por fin tenía la oportunidad de su vida. Su padre había sido samurai. ¿No era natural que él siguiera sus pasos? Había ansiado participar en la contienda, demostrar su temple, y soñó con que, como un fuego descontrolado, corriera por el pueblo la noticia de que había decapitado a un general enemigo. Había querido mostrar desesperadamente que era alguien con quien se debía contar, a quien respetar..., no sólo el alborotador del pueblo.

Takezo recordó todo esto a Matahachi, el cual asintió.

—Lo sé, lo sé, pero yo siento lo mismo. No fuiste sólo tú.

Takezo siguió diciendo:

—Quise que vinieras conmigo porque siempre lo hemos hecho todo juntos. Pero ¿no protestó amargamente tu madre, gritando y diciendo a todo el mundo que estaba loco y no servía para nada? ¿Y tu novia, Otsu, mi hermana y todos los demás, llorando y diciendo que los chicos del pueblo deberíamos quedarnos en el pueblo? Ah, tal vez tenían sus razones. Los dos somos los únicos hijos varones de nuestras familias, y si nos matan no quedará nadie para seguir llevando el apellido familiar. Pero ¿a quién le importa? ¿Es ésa una manera de vivir?

Habían salido sigilosamente del pueblo, convencidos de que no se alzaría ninguna otra barrera entre ellos y los honores del combate. Pero cuando llegaron al campamento de Shimmen, se enfrentaron a las realidades de la guerra. De inmediato les dijeron que no les nombrarían samurais, ni de la noche a la mañana ni siquiera en unas pocas semanas, al margen de quiénes hubieran sido sus padres. Para Ishida y los demás generales, Takezo y Matahachi eran un par de patanes, poco más que niños deseosos de tener en sus manos un par de lanzas. Lo máximo que pudieron conseguir fue que les permitieran quedarse como soldados rasos de infantería. Sus responsabilidades, si así podían llamarse, consistían en acarrear armas, recipientes para hervir arroz y otros utensilios, cortar la hierba, trabajar con los grupos que despejaban los caminos y, en ocasiones, efectuar salidas de exploración.

—¡Samurai, ja, ja! —dijo Takezo—. Menuda broma. ¡La cabeza de un general! Ni siquiera me acerqué a un samurai enemigo, y no digamos un general. Bueno, por lo menos todo ha terminado. ¿Qué haremos ahora? No puedo dejarte aquí solo. Si lo hiciera, jamás podría mirar a la cara a tu madre ni a Otsu.

—No te culpo del lío en que estamos metidos, Takezo. No has tenido la culpa de nuestra derrota. Si alguien es culpable, es ese Kobayakawa de dos caras. Ojalá pudiera ponerle las manos encima. ¡Mataría al hijo de perra!

Un par de horas después estaban en el borde de una pequeña llanura, ante un mar de altas hierbas de miscanthus, abatidas y rotas por la tormenta. No se veían casas ni luces.

También allí había muchos cadáveres, tendidos tal como habían caído. La cabeza de uno descansaba sobre las hierbas. Otro estaba boca arriba en un arroyuelo. Más allá había otro grotescamente enmarañado con un caballo muerto. La lluvia había lavado la sangre, y a la luz de la luna la carne muerta tenía un aspecto escamoso. A su alrededor se oía la solitaria letanía otoñal de los grillos.

Las lágrimas trazaron un sendero blanco en el mugriento rostro de Matahachi. Suspiró como un hombre que está muy enfermo.

—Takezo, si muero, ¿cuidarás de Otsu?

—¿De qué estás hablando?

—Siento que voy a morir.

—Mira, si es eso lo que sientes, probablemente te morirás—le espetó Takezo. Estaba exasperado y deseaba que su amigo fuese más fuerte, a fin de apoyarse en él de vez en cuando, no físicamente sino para recibir estímulo—. ¡Vamos, Matahachi! No seas tan quejica.

—Mi madre tiene quienes cuiden de ella, pero Otsu está sola en el mundo. Siempre ha sido así, y lo siento mucho por ella, Takezo. Prométeme que la cuidarás si yo desaparezco.

—¡Tienes que dominarte! Nadie se muere de diarrea. Más tarde o más temprano encontraremos una casa, y entonces te acostaré en la cama y buscaré alguna medicina. ¡Deja ya de lloriquear y creer que vas a morirte!

Algo más adelante llegaron a un lugar donde los montones de cuerpos sin vida hacían pensar que toda una división había sido aniquilada. Por entonces los dos amigos se habían hecho insensibles a la vista de aquella carnicería. Sus ojos vidriosos contemplaron la escena con fría indiferencia. Hicieron otro alto para descansar.

Mientras recobraban el aliento, oyeron que algo se movía entre los cadáveres. Los dos retrocedieron asustados, agazapándose instintivamente con los ojos muy abiertos y los sentidos alerta.

Quien estaba allí hizo un movimiento rápido, como el de un conejo sorprendido. Al mirar con más detenimiento, vieron que la persona oculta permanecía agachada en el suelo. Al principio creyeron que se trataba de un samurai perdido y se prepararon para un encuentro peligroso, mas para su sorpresa el fiero guerrero resultó ser una muchacha. Tendría trece o catorce años

y vestía un kimono de mangas redondeadas. El estrecho obi\* que le ceñía la cintura, aunque remendado en algunos lugares, era de brocado dorado. Allí, entre los cadáveres, su presencia resultaba en verdad extraña. La niña alzó la vista y les miró suspicazmente con sus ojos gatunos de astuta mirada.

Takezo y Matahachi se preguntaron lo mismo: ¿qué diablos podía atraer en plena noche a una chiquilla a un campo donde flotaban los espectros y estaba sembrado de cadáveres? Durante unos instantes los dos se limitaron a mirarla.

—¿Quién eres? —le preguntó al fin Takezo. Ella parpadeó un par de veces, se puso en pie y se alejó corriendo.

—¡Espera! —le gritó Takezo—. Sólo quiero hacerte una pregunta. ¡No te vayas!

Pero la muchacha ya había desaparecido, como un relámpago en la noche. El sonido de una campanilla se alejó en la oscuridad y provocó a los dos amigos una sensación de misterio.

—¿Sería tal vez un fantasma? —musitó Takezo con la mirada perdida en la tenue bruma.

Matahachi se estremeció y soltó una risa forzada.

—Si hubiera fantasmas por aquí, creo que serían de soldados, ¿no te parece?

—Ojalá no la hubiera asustado —dijo Takezo—. Tiene que haber un pueblo por estos alrededores. Esa chica podría habernos orientado.

Reanudaron la marcha y subieron a la más próxima de dos colinas que se alzaban ante ellos. En la hondonada del otro lado estaba la ciénaga que se extendía al sur desde el monte Fuwa. A poca distancia brillaba una luz.

Cuando se aproximaron a la granja tuvieron la impresión de que no era normal y corriente. En primer lugar, estaba rodeada por un grueso muro de tierra. Además, al portal de acceso casi se lo podría considerar grandioso. O por lo menos los restos del portal, pues era viejo y estaba muy necesitado de reparación.

Takezo se acercó a la puerta y dio unos golpes discretos.

—¿Hay alguien en casa? —No obtuvo respuesta y lo intentó de nuevo—. Perdón por molestaros a estas horas, pero mi amigo está enfermo. No queremos causar ningún problema... Sólo necesita descansar un poco.

Oyeron susurros procedentes del interior y, poco después, el sonido de alguien que se acercaba a la puerta.

—Sois rezagados de Sekigahara, ¿verdad? —les dijo una voz de niña.

—Así es —respondió Takezo—. Estábamos a las órdenes del señor Shimmen de Iga.

—¡Marchaos enseguida! Si os encuentran aquí, estaremos en un apuro.

---

\* Faja ancha de tela fuerte que se lleva sobre el kimono (N. del E.)

—Escucha, lamento molestarte así, pero llevamos largo tiempo caminando. Mi amigo necesita descansar un poco, eso es todo, y...

—¡Marchaos, por favor!

—De acuerdo, nos iremos si así lo deseas, pero ¿no tendrías alguna medicina para mi amigo? Tiene el estómago tan mal que apenas podemos seguir adelante.

—Pues no sé...

Al cabo de un momento, oyeron ruido de pisadas y un ligero tintineo que retrocedía al interior de la casa y se hacía cada vez más débil.

Entonces repararon en el rostro, que estaba tras una ventana lateral. Era un rostro de mujer y les observaba desde el principio.

—Déjales entrar, Akemi —gritó—. Son soldados de a pie. Las patrullas de Tokugawa no van a perder el tiempo con ellos. No son nadie.

Akemi abrió la puerta, y la mujer, que se presentó como Oko, escuchó atentamente el relato de Takezo.

La mujer accedió a dejarles dormir en la leñera. Para calmar la irritación intestinal de Matahachi le dieron polvo de carbón con magnolia y espesas gachas de arroz con escalona. Durante algunos días el muchacho durmió casi sin interrupción, mientras Takezo, que velaba continuamente a su lado, usaba licores baratos para tratar las heridas de bala en el muslo.

Una noche, cuando llevaban allí cerca de una semana, Takezo y Matahachi conversaban.

—Deben de tener alguna clase de negocio —observó Takezo.

—Me tiene por completo sin cuidado lo que hagan. Sólo me alegro de que nos hayan acogido.

Pero a Takezo se le había despertado la curiosidad.

—La madre no es tan vieja —siguió diciendo—. Es extraño que las dos vivan solas aquí, en las montañas.

—Humm. ¿No crees que la niña se parece un poco a Otsu?

—Hay algo en ella que me hace recordar a Otsu, pero no creo que se parezcan tanto. Las dos son guapas, eso es todo. ¿Qué crees que estaría haciendo la primera vez que la vimos, deslizándose cautelosamente entre los muertos en plena noche? Eso no parecía inquietarla lo más mínimo. ¡Ja! Es como si lo estuviera viendo ahora mismo. Su cara estaba tan tranquila y serena como esas muñecas que hacen en Kyoto. ¡Qué estampa!

—¡Chist! ¡Oigo su campanilla!

El ligero golpe que dio Akemi en la puerta sonó como el picotazo de un pájaro carpintero.

—Matahachi, Takezo —les llamó en voz baja.

—¿Qué?

—Soy yo.

Takezo se levantó y descorrió el cerrojo. La muchacha entró con una bandeja que contenía medicina y comida y les preguntó cómo estaban.

—Mucho mejor, gracias a ti y a tu madre.

—Mi madre dice que, aunque os sintáis mejor, no debéis hablar demasiado alto ni salir.

Takezo habló por los dos.

—Lamentamos de veras causaros tantas molestias.

—Oh, no os preocupéis por eso, pero tened cuidado. Todavía no han capturado a Ishida Mitsunari y otros generales. Están vigilando esta zona y hay muchas tropas de Tokugawa en los caminos.

—¿Ah, sí?

—Por eso dice mi madre que, aunque sólo seáis soldados de a pie, si descubren que os escondemos nos detendrán.

—No haremos el menor ruido —le prometió Takezo—. Incluso taparé la cara de Matahachi con un trapo si ronca demasiado fuerte.

Akemi sonrió, se volvió para salir y les dijo:

—Buenas noches. Nos veremos por la mañana.

—¿Espera! —le dijo Matahachi—. ¿Por qué no te quedas un poco y charlamos?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Mi madre se enfadaría.

—¿Por qué te preocupa eso? ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Eres menuda para tu edad, ¿no es cierto?

—Gracias por decírmelo.

—¿Dónde está tu padre?

—Ya no lo tengo.

—Lo siento. Entonces, ¿de qué vivís?

—Hacemos moxa\*.

—¿Esa medicina que se quema sobre la piel para eliminar el dolor?

—Sí, la moxa de estos alrededores es famosa. En primavera cortamos la artemisa en el monte Ibuki. En verano la secamos y en otoño e invierno la convertimos en moxa y la vendemos en Tarui. Viene gente de todas partes a comprarla.

—Supongo que para hacer eso no necesitáis a un hombre.

—Bien, si eso es todo lo que querías saber, será mejor que ahora me vaya.

—Espera un poco más —le dijo Takezo—. Tengo otra pregunta que hacerte.

---

\* La moxa, del japonés mogusa es artemisa que a modo de cauterio, se empleaba en el antiguo sistema medicinal chino y japonés, considerada como una panacea para curar un sinnúmero de dolencias (N. del T.)

—¿Cuál?  
—La otra noche, cuando llegamos, vimos a una chica en el campo de batalla y se parecía exactamente a ti. Eras tú, ¿verdad?  
Akemi se volvió rápidamente y abrió la puerta.  
—¿Qué estabas haciendo allí?  
La muchacha salió de la leñera dando un portazo, y mientras corría hacia la casa su campanilla sonaba con un ritmo extraño y errático.

## El peine

Takezo destacaba por su altura, excepcional entre las gentes de su época. Su cuerpo era como el de un buen caballo, fuerte y flexible, de miembros largos y vigorosos. Tenía los labios gruesos, carmesíes, y sus cejas negras se libraban de ser tupidas gracias a su bella forma: se extendían bastante más allá de las comisuras externas de los ojos y acentuaban su virilidad. Los habitantes del pueblo le llamaban «hijo de un año gordo», expresión que sólo aplicaban a los niños cuyos rasgos eran más grandes que los de la mayoría. Aunque no era un insulto, ni mucho menos, el apodo de todos modos le hacía diferente de los demás chicos, y por ello de pequeño le producía una turbación considerable.

A Matahachi no le llamaban así, pero también podrían haberle aplicado la misma expresión. Algo más bajo y robusto que Takezo, era ancho de pecho y carirredondo, dando una impresión de jovialidad si no de bufón declarado. Sus ojos prominentes, algo saltones, tendían a moverse mientras hablaba, y la mayor parte de los chistes a su costa se basaban en el parecido que tenía con las ranas, que croaban sin cesar en las noches veraniegas.

Ambos amigos estaban al final de la adolescencia y por ello se recuperaban con rapidez de la mayor parte de dolencias. Cuando las heridas de Takezo hubieron sanado del todo, Matahachi ya no podía soportar por más tiempo su encierro. Paseaba por la leñera y se quejaba continuamente de que estaba encarcelado. Más de una vez cometió el error de decir que se sentía como un grillo en un agujero húmedo y oscuro, invitando así a Takezo a replicar que a las ranas y los grillos les gustan tales moradas. En algún momento Matahachi debió ceder a la curiosidad y fisgoneó en el interior de la casa, porque un día se inclinó hacia su compañero de celda como para darle alguna noticia trascendental.

—¡Cada noche la viuda se empolva la cara y se pone guapa! —susurró en tono preocupado.

El rostro de Takezo pareció el de un chico de doce años que detesta a las niñas y percibe como deserción el interés creciente por «ellas» de su amigo más

íntimo. Matahachi se había vuelto un traidor, y la expresión de Takezo era de inequívoca repugnancia.

Matahachi empezó a ir a la casa y sentarse al lado del hogar con Akemi y su juvenil madre. Al cabo de tres o cuatro días de charlar y bromear con ellas, el festivo huésped era uno más de la familia. Ya no regresaba a la leñera ni siquiera de noche, y las pocas veces que lo hacía el aliento le olía a sake e intentaba convencer a Takezo para que fuese a la casa, alabando la buena vida que estaba al alcance de su mano.

—¡Estás loco! —replicaba Takezo, exasperado—. Vas a hacer que nos maten, o por lo menos que nos detengan. Hemos perdido, somos rezagados... ¿no puedes meterte eso en la cabeza? Debemos tener cuidado y permanecer ocultos hasta que las cosas se calmen.

Sin embargo, pronto se cansó de intentar hacer entrar en razón a su amigo amante de los placeres y empezó a atajarle con bruscas réplicas: «No me gusta el sake», le decía, o en ocasiones: «Me gusta estar aquí. Es cómodo».

Pero Takezo también estaba ansioso de movimiento. Se aburría más de lo tolerable, y finalmente mostró signos de debilidad.

—¿De veras es segura? —preguntaba—. Me refiero a esta vecindad. ¿No hay señales de patrullas? ¿Estás seguro?

Tras haber permanecido encerrado durante veinte días en la leñera, salió por fin como un prisionero de guerra medio muerto de hambre. Su piel tenía el aspecto translúcido y cerúleo de la muerte, tanto más evidente cuando estaba al lado de su amigo, enrojecido por el sol y el sake. Miró con los ojos entrecerrados el cielo azul, estiró los brazos y bostezó de una manera extravagante. Cuando por fin cerró la boca cavernosa, su amigo se dio cuenta de que entretanto sus cejas habían estado unidas. Tenía una expresión preocupada.

—Matahachi —dijo con seriedad—, estamos abusando de esta buena gente, que corre un gran riesgo teniéndonos aquí. Creo que deberíamos emprender el regreso a casa.

—Supongo que tienes razón —replicó Matahachi—, pero no dejan pasar a nadie a través de las barreras sin comprobar quién es. Según la viuda, los caminos a Kyoto e Ise son intransitables. Dice que podemos quedarnos aquí hasta que lleguen las nieves, y la chica es del mismo parecer. Está convencida de que debemos seguir ocultos, y ya sabes que ella sale por ahí a diario.

—¿Llamas estar oculto a permanecer sentado junto al fuego y bebiendo?

—Claro. ¿Sabes lo que hice? El otro día unos hombres de Tokugawa, que aún están buscando al general Ukita, vinieron a fisgar. Me libré de los hijoputas simplemente saliendo a saludarles. —Al oír esto Takezo abrió mucho los ojos, incrédulo, y Matahachi soltó una carcajada. Cuando volvió a serenarse siguió diciendo—: Estás más seguro al aire libre que agazapado en la leñera, con el

oído atento a posibles pisadas y volviéndote loco. Eso es lo que he intentado decirte.

Matahachi volvió a desternillarse de risa y Takezo se encogió de hombros.

—Quizá tengas razón. Ésa podría ser la mejor manera de solucionar las cosas.

Aún tenía sus reservas, pero después de esta conversación visitó la casa. Oko, a quien sin duda le gustaba tener compañía, más concretamente masculina, les hacía sentirse por completo a sus anchas. Sin embargo, de vez en cuando les sobresaltaba al sugerir que uno de ellos se casara con Akemi. Esto parecía aturdir a Matahachi más que a Takezo, el cual se limitaba a hacer caso omiso de la sugerencia o respondía con una observación chistosa.

Era la temporada del succulento y fragante matsutake, que crece al pie de los pinos, y Takezo se relajó lo suficiente para salir en busca de los grandes hongos en la boscosa montaña que se alzaba detrás de la casa. Akemi, con un cesto en la mano, buscaba de un árbol a otro. Cada vez que notaba el aroma de los hongos, su voz inocente reverberaba a través del bosque.

—¡Allí, Takezo! ¡Hay montones de ellos!

Y él, que buscaba en las proximidades, replicaba invariablemente:

—Aquí también hay muchos.

El sol de otoño se filtraba hasta ellos entre las ramas de los pinos, en haces tenues e inclinados. La alfombra de pinaza en el fresco refugio de los árboles era mullida y polvorienta. Cuando se cansaban de buscar hongos, Akemi le desafiaba, riendo.

—¡Veamos quién tiene más!

—Te gano —siempre replicaba él, pagado de sí mismo, y ella le inspeccionaba el cesto.

Aquel día no fue diferente de los demás.

—¡Ja, ja! ¡Lo sabía! —exclamó la muchacha. Llena de júbilo, como sólo pueden estarlo las jovencitas de su edad, sin pizca de timidez o afectado recato, se inclinó sobre el cesto de Takezo—. ¡Tienes un montón de setas venenosas!

Entonces separó las setas malas una tras otra, sin contarlas en voz alta pero con movimientos tan lentos e intencionados que Takezo difícilmente habría podido ignorarlos ni siquiera con los ojos cerrados. Arrojó cada seta venenosa tan lejos como pudo. Una vez finalizada su tarea, alzó la vista, con su joven rostro radiante de satisfacción.

—¡Ahora mira cuántas tengo más que tú!

—Se está haciendo tarde —musitó Takezo—. Volvamos a casa.

—Estás enfadado porque has perdido, ¿verdad?

Echó a correr por la ladera de la montaña como un faisán, pero de súbito se detuvo en seco, el rostro ensombrecido por una expresión de alarma. Avanzando en diagonal por el bosque, hacia la mitad de la ladera, se aproximaba un hombre gigantesco. Sus pasos eran largos y lánguidos, y sus ojos



feroces miraban directamente a la frágil muchacha. Su aspecto primitivo asustaba. Todo en él mostraba lucha por la supervivencia, y presentaba un inequívoco aire de belicosidad: cejas tupidas, el grueso labio superior curvado hacia arriba, una pesada espada, cota de malla y una piel animal con la que se envolvía.

—¡Akemi! —rugió cuando estuvo más cerca de ella.

Una ancha sonrisa apareció en sus labios, mostrando una hilera de dientes amarillentos y cariados, pero el rostro de Akemi siguió sin revelar nada más que horror.

—¿Está en casa esa maravillosa mamá tuya? —preguntó con premioso sarcasmo.

—Sí —dijo ella en un hilo de voz.

—Bien, cuando vuelvas a casa, quiero que le digas algo. ¿Lo harás por mí?  
—Hablabas con una cortesía burlona.

—Sí.

Entonces el tono del hombre se volvió áspero.

—Dile que no me engañe e intente ganar dinero a mis espaldas, y que pronto vendré a buscar mi tajada. ¿Me has entendido? —Akemi no dijo nada—. Probablemente cree que no estoy enterado, pero el tipo a quien vende la mercancía vino a verme. Apuesto a que también estuviste en Sekigahara, ¿no es cierto, pequeña?

—¡No, claro que no! —protestó ella débilmente.

—Bueno, no importa. Dile lo que acabo de decirte. Si me juega otra mala pasada, la echaré a patadas de la vecindad.

Miró un momento a la muchacha con expresión furibunda y luego se marchó pesadamente en dirección al pantano.

Takezo desvió la vista del desconocido que se alejaba y miró a Akemi con preocupación.

—¿A qué viene todo esto?

Akemi le respondió en voz cansada, los labios todavía temblorosos:

—Se llama Tsujikaze y viene del pueblo de Fuwa. —Estas palabras fueron poco más que un susurro.

—Es un saqueador, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué está tan enfadado?

La muchacha permaneció en pie sin decir nada.

—No se lo diré a nadie —le aseguró él—. ¿Ni siquiera puedes decírmelo?

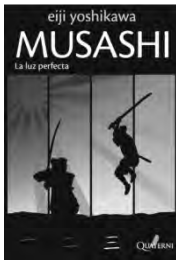
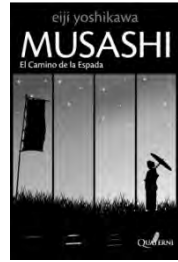
Akemi, claramente abatida, parecía buscar las palabras. De repente se apoyó en el pecho de Takezo y le suplicó:

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—¿A quién se lo diría? ¿A los samurais de Tokugawa?

—¿Recuerdas la noche que me viste por primera vez en Sekigahara?

Musashi 2  
El Camino de la Espada  
Eiji Yoshikawa  
978-84-937009-5-9



Musashi 3  
Laluz perfecta  
Eiji Yoshikawa  
978-84-937009-8-0